

Revista Somos Jóvenes

No. 125
Abril 1990



MIENTRAS SE LAMENTA EL BOSQUE

Texto: Emma Fotos: Wildy

Te lo digo con toda la pasión que siento por este trabajo. ¿Quién puede precisar cuál es el valor del bosque para la humanidad? Es como un vaso de agua para una persona que está muriendo de sed. Es algo que no tiene precio.

Paulino Ramírez
Jefe del destacamento
aéreo forestal del occidente y centro del país.

Reflexiones de un piloto

LA NATURALEZA es poesía, de verdad que sí. Hasta cuando uno está mirando un bosque quemarse, como yo ahora, lo que te viene a la mente o al corazón es un sentimiento de solidaridad con la armonía en desgracia. Por eso yo digo que es

poesía y no hay quien me lo discuta. Yo hablo de allá en la ciudad, o en el destacamento aéreo forestal, donde tantas conversaciones disímiles solemos tener siempre que no haya ningún fuego esperando. Pero hoy no es el caso; y estos pensamientos me surgen cuando acabo de soltar una tonelada y media de agua sobre la ciénaga ardiendo. El avión sube bruscamente por la pérdida de peso. Al principio, tras una descarga de estas se me nublaba la vista y me subía la sangre a la cabeza. Ahora no. Ahora pienso en lo que estoy mirando, y en retornar pronto a la pista para cargar el agua —sola o con detergente o urea— y despegar de nuevo.

Una, otra, otra vez; hasta cincuenta veces en el día aterrizo, cargo, descargo, vuelo hacia el lugar que me indican por radio desde el

avión líder. Ya llego y acabo de no el dispositivo, ¡zass!, sale el líquido como espuma blanca de mar embravecido. Quien lo ve desde tierra disfruta el espectáculo. Un avión regando agua es como para no perderse —cosas del ya viejo siglo XX. Lástima que yo desde el aire tenga una visión tan triste: hectáreas y hectáreas de vegetación ardiendo, animales que huyen espantados, hombres tiznados que, con ramas, golpean la candela para hacerla desaparecer.

A veces he tenido que apagar pinares y también da pena ver aquello. Pensar que un bosque demore tanto en crecer, para que después venga cualquier necio y deje caer un cigarro encendido, o haga alguna otra barbaridad que provoque semejante desastre.

07

Hoy he dado veinticinco viajes y parece que va para largo. Menos mal que Tania ya está acostumbrada, si no esta tarde se preocuparía esperándome.

Reflexiones de un guardabosque

¡Verdad que si no le tuviera amor a todo esto...! Llevo tres días metido aquí: dale al fuego, mata el fuego... No pienso en otra cosa. Mi problema es la candela, y también el de la gente que viene conmigo, casi todos de la Empresa Forestal. Nos trajeron en helicóptero, y como a dos metros de esta tierra enchumbada, donde crece tanta cortadera y macía, ¡cataplún!, a mojarse. Saltamos en los lugares más increíbles. ¡Pura ciénaga! Nada de cuentos, que por aquí hay que andar con cuatro ojos. No es mentira lo de los cocodrilos, ni lo de los pantanos que lo tapan a uno. Hay lugares donde si te descuidas...

No obstante, el fuego hay que apagarlo. Si lo sabré yo que me paso la vida cuidando estos parajes. Aquí viven animales y plantas que nada más las hay por esta región. La gente no sabe bien lo que es eso. Con lo grande que es el mundo, y que un bicho o una matica sólo habite en este zapato que es la Ciénaga me parece algo tremendo. Aquí vienen muchos turistas y científicos de otros países, con cámaras de lentes grandes, para tratar de fotografiarlos o sacarles películas. A veces se pasan horas comidos por los mosquitos, medio ocultos en algún lugar, para ver si ven aparecer la gallinuela de Santo Tomás, el cabrerito de la ciénaga, la ferminia,

o algún otro de esos pájaros endémicos.

A mí me aterroriza pensar que con tan pocos de estos animales que hay, un incendio pueda matar sus pichones, o acabar con ellos mismos. Además, hay que ser de hierro para que no se te parta el corazón cuando veas una jutía o un venado ciego y chamuscado salir de las llamas, o unos pichones de cotorra achicharrados, o las biajacas muertas flotando en las casimbas después de la candela brava...

Y los árboles quedan que parecen hogar de bruja. Prietuzcos palos secos que lo mismo dan miedo que tristeza. Así se pueden mirar los júcaros, soplillos, almácigos, mangles... y hasta el bagá, que tanto le gusta a la jicotea. La cortadera y el macío son los que arden más pronto. Hay quien dice que no es más que hierba pero no se dan cuenta que esa es la vegetación de la ciénaga, donde ponen los huevos muchas aves, donde viven la rana toro y el manjuarí y la jicotea y el cocodrilo. Las demás plantas, los árboles y eso, casi siempre viven en los cayitos de monte.

Reflexiones de una periodista de Somos Jóvenes

La lumbré más pequeña y más familiar para cualquier persona de nuestro país es, sin duda, la llama de un fósforo. Cuesta trabajo imaginar que tan diminuta candelita sea, en la mayoría de los casos, la iniciadora directa o indirecta de tales catástrofes de la naturaleza.

Por supuesto que muchos, con la conciencia tan limpia,

se alegrarían de poder señalar con su dedo índice a una caja de fósforo cuando se les preguntara "¿Dónde está el culpable?!" Pero claro que esto no ha de ser así. El fósforo, en un surrealista tribunal, resultaría un acusado a quien, de forma unánime, los jueces declararían inocente. casi siempre los causantes pueden encontrarse entre gente con intereses mucho más tangibles que toda esta situación imaginaria. Veamos quienes son ellos.

Primero hay que hablar de los cazadores furtivos, esos que se introducen en bosques y ciénagas en busca de cualquier especie que les reporte ganancia. Sus actividades pueden hacerlas de día o de noche, y es posible que provoquen un incendio de diferentes maneras; una de ellas es por las fogatas para preparar alimentos o para ahuyentar mosquitos (también ha ocurrido con campistas), por descuido las llamas pueden escaparse y encender el monte. En ocasiones el peligro ha venido después, cuando abandonan los restos de la menguada fogata, en la creencia de que se apagará sola y ésta, por el contrario, toma fuerza y se extiende a la seca vegetación que la rodea.

Lo mismo ocurre cuando encienden, de manera intencional, un área para ahuyentar las presas hacia donde les convenga. Quizás este parezca un método primitivo, pero es innegable que aún lo utilizan personas cuya mentalidad debe ser descrita precisamente con ese epíteto. Quien no lo crea así, aquí tiene un ejemplo.

Los buscadores de jicoteas

utilizan ese sistema desde hace mucho tiempo. Quemar la cortadera y pueden detectar más fácilmente los tan ansiados quelonios. Los cazadores de puercos jíbaros utilizan un método similar. Al quemar lugares, ya conocidos por ellos, obligan a los puercos a huir hacia donde los puedan matar más fácilmente. Así es como despejan, con candela, sitios muy intrincados y resuelven su problema.

Algunos pescadores también pueden ser los causantes de los incendios. Al tratar de penetrar por un canal cubierto por la vegetación, quizás le prendan fuego para limpiar el acuático camino y dejarlo preparado a su conveniencia. O tal vez, "haciendo noche" en algún sitio con bosque cercano, tengan un descuido e incendien la maleza. Además, durante la época de seca, los peces de agua dulce -truchas, baijacas, manjuaríes- se quedan localizados en determinados lugares, a veces de difícil acceso, y

cuando los pescadores lo ubican tratan de quemar a su alrededor para poder llegar a ellos.

Y algunos agricultores no se quedan atrás con las culpas, porque cuando queman terrenos colindantes con bosques y ciénagas, en ocasiones no tienen las precauciones necesarias y el fuego se pasa hacia esas áreas.

Puede ser que todas estas reflexiones informativas ya estén pareciendo demasiado. Sin embargo, por lo "candente" del asunto bien merece que sigamos desmenuzándolo. Así que vamos a hablar de los colmeneros clandestinos o ladrones de miel. De ellos cuentan los guardabosques que muchas veces son muchachos que no conocen bien como castrar una colmena con humo. Con su ignorancia sólo logran provocar a las abejas que los atacan, y ellos terminan por huir dejando el panal... y el fuego.

Quedan otras causas de responsabilidad humana por mencionar, como los capturadores de pajaritos (tomeguines, negritos...) quienes preocupados por su afán pueden tener algún descuido, o los equipos pesados (locomotoras, tractores...) sin dispositivos para eliminar las chispas, o simples caminantes fumadores... Pero también hay que citar una causa natural: las descargas eléctricas. Estas son responsabilidad en algunos lugares del país, como el norte de la región oriental, de un porcentaje considerable de incendios.

Desgraciadamente, no siempre a los rayos se les puede inducir sus destinos. Pero ellos, en ningún caso, tienen mayor culpabilidad que la negligencia humana. ¿Y a esta negligencia qué maneras habría de combatirla?

¡SALUDOS!

